

POR UNA POLITICA DE EDUCACION Y DE HIGIENE

Profesor Jorge Bejarano.—Bogotá.

Tiene toda la razón el agudo escritor "Calibán" cuando en uno de sus recientes artículos afirmaba que el problema del niño es desde todo punto de vista el más trascendental que tenga el país. Desgraciadamente lo comprendemos así un poco tarde cuando otros países hace muchos años que incorporaron a sus programas de gobierno el binomio madre-hijo que para nosotros apenas si alcanza en 1938 a constituir una ligera preocupación nacional.

De esta suerte en lo educativo como en lo sanitario o higiénico, nos encontramos hoy ante la realidad de una infancia en déficit de salud como de educación. En la solución de la mayoría de los problemas en orden a la higiene o a la instrucción, hemos ido buscando con preocupación desconcertante la manera de resolverlos sin que en ellos interviniera para nada el criterio singular y definitivo de "primero el niño" y después lo accesorio.

Cuando enunciamos por ejemplo la lucha contra una enfermedad, lo que menos suele preocuparnos es la prevención de ella en el niño. De escuelas primarias que en veces no son escuelas; de una población escolar hambreada y desnuda, saltamos a etapas más superiores de la educación, dejando también de lado la no menos trascendental de la instrucción secundaria.

En el dominio de las enfermedades es más claro y palpable este inexplicable desdén. La campaña contra la lepra ha costado al país millares de pesos y su orientación fue tan insensata como que en ella el

niño no ha sido factor preponderante de prevención y de estudio. Lo prueba el hecho de que solamente ahora se ha librado el máximo esfuerzo para ver de salvar del contagio a los innumerables niños sanos que con enorme sorpresa observaba el doctor Xavier Villanova, conviven todavía con enfermos en el leprocomio de Agua de Dios.

Las campañas contra la tuberculosis no han escapado a este inexplicable olvido. El niño que es en ella la máxima preocupación, ha sido para nosotros lo menos interesante. Así se explica que estemos en frente de uno de los más graves problemas higiénicos que atañen especialmente a la protección del niño, con exiguos recursos y con sólo elementos como los dispensarios, que si es verdad son arma poderosa y ya felizmente difundidos, dejan sin embargo en pie el escalofriante problema de la extensión tuberculosa en la población infantil.

De las ciudades de Colombia, solamente Cali y Bogotá ofrecen hospitales para el niño enfermo. Las restantes no tienen siquiera una sala destinada a este cuidado dentro de los hospitales para adultos. Muchos eran los que tampoco ofrecían antes un servicio de maternidad y raros no fueron aquéllos en que se combatió con acritud y tesis hipócritas de orden social y moral, el abrirlo. Muchos de ellos, sin embargo, recibían auxilios oficiales y a pesar de esta circunstancia, cerraban sus puertas a la mujer en trance de ser madre.

Así, por esta falta de hospitales, de servicios de maternidad, de seguros sociales, de jardines infantiles, de refugios maternos de salas cunas, de gotas de leche; por esta escuela primaria que enseña a la mujer colombiana todo lo que, no ha de serle útil en la vida; que la deja en la más crasa ignorancia respecto del niño y de la economía y orden domésticos, ignorancia que se agrava por consejas y leyendas cuando llega a ser madre, es como puede explicarse, entre otras cosas, que en 1935 hubiesen muerto 38.561 niños menores de un año y que en 1936 sucumbiesen 37.839, también menores de un año, lo que da un total aterrador de 76.400 niños menores de doce meses muertos en el breve término de dos años. Es decir, que nuestra halagadora natalidad está contrarrestada por esta sangría anual que deja como resultado una anemia permanente en las fuerzas vitales del país.

Y si del niño urbano pasamos al niño campesino, es decir, a este colombiano que no sabemos cuándo nace ni cuándo muere, entonces el análisis de su situación es más angustioso y su resultado más funesto, porque es bien sabido que en los campos radica la mayor masa de po-

blación colombiana, y porque además sabemos que mientras en las ciudades de Colombia asoma la higiene en sus más rudimentarios elementos, en los campos ni la obra de saneamiento, ni la de agua potable, ni la de la educación, ni los socorros médicos, ni la enseñanza popular de la higiene han penetrado para contener o desalojar estos refugios de la ignorancia, de la miseria, de la disentería, de la lepra, de la anemia tropical, del pian, del paludismo y de la fiebre tifoidea. Ahí siguen en pie la mortalidad materna, la mortalidad infantil, la mortalidad por tuberculosis. Grave defecto que hoy tiende a remediarse con la organización de las unidades sanitarias que el departamento nacional de higiene ha tratado de extender a todo el territorio, luchando contra la incomprensión o la penuria de municipios y de departamentos.

Y si de lo educativo y físico pasamos a las defensas morales del niño; a los elementos de que dispone el país para poder ocuparse del inquietante problema de la conducta humana antes de que ella haya llegado, como acontece entre nosotros, al juicio y sentencia de un juez de menores, entonces sí que vemos con pesadumbre lo incierto y oscuro del porvenir del niño colombiano. Las campañas periodísticas, nobles por su finalidad en este sentido, como en el de la higiene, se reducen momentáneamente a buscar remedios de aparentes resultados para contener el mal. Los asilos, los reformatorios, surgen entonces en estas emergencias. Su resultado es el que hoy están contemplando los países que han visto qué inmenso error suele ser dar al niño un medio que corta e interrumpe su formación familiar y social. Los niños en estado de abandono siguen aquí multiplicándose y los padres buscando este recurso para forzar la sociedad a recoger lo que ellos no aprecian ni el Estado educa; o si educa lo hace dentro de una concepción de acumulación de conocimientos y no sobre la base de la orientación de los impulsos humanos creadores y productores.

Surge, pues, de aquí la necesidad imperiosa de que lo educativo como lo higiénico obedezcan a un programa de desarrollo anual y definido que concentre todos los esfuerzos y recursos hacia su realización. Se explica así que en Italia como en México, en Estados Unidos como en Francia, en Chile como en la Argentina, haya habido planes de cuatro, de cinco o más años que en la educación como en la sanidad han logrado al fin un solo punto o varios de tan vastos problemas nacionales.

La mayor parte de las defensas organizadas en Colombia en pro

de la madre o de la infancia, son obra de la iniciativa particular. Van surgiendo al calor de un grupo de médicos o de profanos que a menudo se detienen en la contemplación de nuestras angustias y problemas nacionales. Pero el Estado sigue de observador impotente. Su acción es ineficaz porque carece de un organismo fuerte y político que le preste autorizadas ejecutorias para intervenir en cámaras, consejos de ministros, asambleas, y dondequiera que sea preciso despertar este dormido interés por la noble causa de la madre y del niño.

Mientras que casi todas las naciones de América hacen una política de la educación y de la higiene; mientras que sus presupuestos se duplican cada año para atender a las exigencias inaplazables de la obra protectora de la maternidad y de la infancia; mientras que la mayoría de ellos dan a la higiene y salud pública el rango de un ministerio, nosotros continuamos destinando un presupuesto anual apenas cercano a dos millones de pesos y un modesto departamento de higiene supeditado siempre en sus ambiciones y en sus proyectos por el misérrimo presupuesto que se le asigna. Dos millones de pesos destinados a proteger la salud de nueve millones de habitantes; dos millones de pesos para un país cuya geografía es en el relieve una inmensa mancha negra en el dominio patológico; dos millones de pesos para hacer del niño un ciudadano y para darle una conciencia sanitaria que la escuela no supo formarle. ¿Verdad entonces que no tenemos por qué sorprendernos de que los niños mueran o de que en su adolescencia les encerremos en plena capital de la república en el calabozo de un cuartel de policía?

Urge, pues, meditar y coadyuvar en todas estas nobles campañas destinadas a cimentar la colombianidad en la estructura firme de la madre y del niño.

Jorge Bejarano

